

delo. El se interesa poco por la visibilidad del culto cristiano y, si comenta las fiestas del Antiguo Testamento, reenvía a Jesucristo o a las festividades en el Cielo, y no a las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. Orígenes no tiene la tendencia a asumir en este campo modelos veterotestamentarios.

El trabajo de G. Sgherri pone de relieve el interés que Orígenes tuvo por el problema de los judíos, la amplitud de la temática Iglesia-Sinagoga y la centralidad que reviste este argumento en su Eclesiología. Esta se revela como una Eclesiología de los grandes tiempos históricos de la salvación: lo único importante para la historia del mundo es la relación que mantiene con Jesucristo.

El método de investigación adoptado por G. Sgherri ha tenido sin duda el acierto de esforzarse, como él mismo afirma, por proceder con precisión filológica. Los comentarios al léxico origeniano y la recta comprensión de la exégesis del Alejandrino constituyen el punto de partida del análisis de Sgherri. No obstante, quisiéramos realizar una pequeña observación al método adoptado en el trabajo: nos llama la atención la escasez de textos de Orígenes citados literalmente. La ausencia de pasajes origenianos obliga al autor a realizar largos comentarios y detalladas paráfrasis de los textos omitidos; por eso, se resta fluidez a la lectura del libro que se ve dificultada, a veces, por cierta minuciosidad en el análisis. También es cierto que este modo de proceder evidencia una gran capacidad de trabajo por parte de su autor. Cierran el libro un sumario en lengua inglesa y diversos Índices que facilitan la lectura del trabajo.

ALBERTO VICIANO

Pierre RICHÉ, *La educación en la cristiandad antigua*, Barcelona, Herder, 1983, 174 pp., 12 × 20.

La línea argumental del presente volumen podríamos resumirla en las siguientes expresiones: «La muerte de una institución suscita siempre muchos comentarios. El fin de la escuela antigua no escapa a esta regla. ¿En qué fecha se puede fijar su partida de defunción?» (p. 159). En efecto, tanto la estructura como los contenidos del libro no tienen otro objeto que el de dar respuesta al interrogante planteado en la página citada.

Dos partes dividen las páginas del trabajo de P. Riché: en la primera se señalan cuatro apartados en los que discurre una síntesis sobre *El ocaso de la educación antigua*, *Comienzos de las escuelas cristianas*, *Los educadores carolingios*, y *Escuelas y educación en los siglos X y XI*. La segunda parte, que se titula *Elementos de «dossier» y estado de la cuestión*, nos muestra una estupenda selección de treinta y tres textos, que van desde el siglo IV hasta el siglo XI; y cierra esta segunda parte un apartado dedicado a la exposición realizada por los historiadores de alta edad media sobre la época en que desapareció la escuela antigua.

A estas dos partes precede una referencia cronológica, que tiene su inicio en los comienzos del siglo V, concretamente en el 405, año de la publicación de *De Catechizandis rudibus*, de San Agustín, y acaba en el año 1078, cuando San Anselmo es nombrado abad del Bec. Las últimas páginas del volumen nos recuerdan la bibliografía más importante sobre la historia de la educación y de la pedagogía de la edad media. Un índice onomástico cierra la investigación de Riché.

La edición francesa del presente trabajo del profesor de historia medieval en la capital francesa tuvo como título original *De l'éducation antique à l'éducation chevaleresque*, publicado, bajo los auspicios de la editorial Flammarion, en 1968. La editorial Herder, en cambio, ha elegido otro título, para la publicación castellana. Ignoramos por qué Roser Grau, encargada de la traducción, se ha inclinado por este último título. Desde nuestro punto de vista pensamos que esta no es una cuestión baladí. En efecto, el título elegido por el autor del original francés, va más en consonancia con el contenido material del libro. En cambio, el título preferido por la traductora manifiesta más claramente las intenciones u objetivos del autor galo. Para darse cuenta de lo primero, es decir, del contenido material y la época estudiada, bastará a nuestros lectores recordar el sumario de la primera parte, tal como lo hemos señalado más arriba. En cambio, es necesaria una lectura atenta de toda esa primera parte del volumen, para percibir las inconfundibles voces de la educación antigua que resuenan a lo largo de toda la alta edad media. También nosotros pensamos, y es un mérito indiscutible de la presente obra, que con el cambio de título de la traductora no se traicionan las ideas del autor.

El estudioso de la Teología y de la Pedagogía encontrará en las páginas de este trabajo unas síntesis excelentes de la educación romana, de los sistemas y programas pedagógicos de la Iglesia católica en los primeros siglos de su andadura humana, de las formas de la educación que practicaban los pueblos bárbaros, etc. Es de resaltar la experiencia investigadora y de docencia del prof. Riché; de otra forma no se explica fácilmente cómo en tan pocas páginas puedan exponerse tantas ideas. Igualmente puede apreciarse en la presente obra los agentes y diversos elementos que sirvieron durante los siglos IV al XI para preparar la educación caballeresca, que tendría su esplendor en plena Edad Media. Entre esos distintos agentes y elementos se estudian: las escuelas eclesásticas (episcopales, monásticas y parroquiales), la instrucción religiosa de los laicos, el famoso recurso pedagógico de los «espejos» (de príncipes y de laicos), las distintas legislaciones y programas escolares; los catálogos de las bibliotecas más importantes de la época, y los distintos métodos pedagógicos, con sus escuelas y maestros, desarrollados en Inglaterra, Germania, la Galia, etc.

Quien haya tenido en sus manos la obra anterior de Riché, *Education et culture dans l'Occident barbare*, París 1962, notará innumerables coincidencias. A nuestro parecer, la obra que aquí reseñamos no es más, y tampoco menos, que una muy buena síntesis de aquel otro trabajo publicado hace más de veinte años. Sin embargo, notará el lector de

ambas, que la que ahora se nos ofrece en castellano, con objetivos algo diferentes respecto a la de 1962, posee una mejor trabazón argumental y visión de conjunto acerca de los no pequeños ni escasos problemas que acuciaron a la historia humana de Occidente durante los siglos VI-XI.

Entre esos múltiples problemas, los que al investigador galo preocupan son los de la relación entre cultura clásica y cristianismo, la cultura de los laicos y la cuestión de si las instituciones monásticas acogieron o no la cultura intelectual de la antigüedad. Para estos tres problemas, el Director del Centro de Investigaciones sobre la Antigüedad tardía y alta Edad Media de la Universidad de París X-Nanterre tiene sus soluciones. Respecto a la primera y última cuestiones la respuesta es uniforme y nítida: «Notemos, dice Riché, que la oposición entre el claustro y la escuela es muy a menudo literaria» (p. 168). Por lo que se refiere a la cultura de los laicos, el autor sostiene que «si a veces la palabra *laicus* es sinónimo de *illitteratus*, no significa esto que los laicos sean analfabetos, sino que ignoran la *littera*, es decir, la lengua latina» (p. 167).

Para acabar esta breve reseña, diremos que se trata de una obra imprescindible para quienes deseen poseer una buena síntesis de la historia de la Teología y de la Pedagogía en la alta Edad Media. Elaborada por un perfecto conocedor de la época que se estudia; con auténtico rigor científico, apoyado siempre con los oportunos testimonios, y un estilo que desde la primera página capta la atención del lector. Respecto a la traducción realizada por R. Grau, tenemos que decir que, excepción hecha de los pocos galicismos que se han escapado (vgr. en las pp. 28 y 32), es buena. Y en honor a la traductora, también es de justicia resaltar el no pequeño detalle de haber enriquecido la bibliografía final.

MARCELO MERINO

Lorenzo PERRONE, *La Chiesa di Palestina e la controversie cristologiche. Del concilio di Efeso (431) al secondo concilio di Costantinopoli (553)*, Brescia, Paideia («Testi ricerche di Scienze religiose», 18), 1980, 335 pp., 15 × 22,5.

Es palpable la profusión de trabajos histórico-teológicos aparecidos en estos últimos años sobre los primeros concilios cristológicos. En este marco podemos situar el libro de Lorenzo Perrone, profesor del Instituto per le Scienze religiose de Bolonia.

En el prólogo, el A. explica el porqué de la elección de Palestina como lugar de estudio de las controversias cristológicas, pues, «en el conjunto de la cristiandad oriental, después del 451, Palestina se presenta como un observatorio particularmente instructivo acerca de las razones y de los desarrollos del conflicto cristológico, a pesar de su reducida dimensión y de sus peculiares características» (p. 13). El hecho de que allí estén localizados los Santos Lugares produce dos efectos que le confieren una